

*¡Effetá! (Ábrete)*¹

1. En el centro del relato que acabamos de escuchar² hay una palabra clave. Una palabra, enseña Benedicto XVI, que en su sentido más profundo, resume todo el mensaje y toda la obra de Jesucristo. Y es muy revelador que san Marcos la haya querido conservar en la misma lengua con la que el Señor la pronunció: *Effetá*, que significa ábrete.

Jesús se encuentra predicando en Galilea cuando le llevan a un hombre sordomudo, tal vez joven, y le suplican que le imponga las manos. Como tantas otras veces, el dolor humano, tanto físico como espiritual, conmueve a Cristo. Ver que aquel muchacho estaba aislado, ensimismado, incapaz de expresarse y de interactuar con los demás, toca el corazón misericordioso del Maestro. Por lo que lo toma aparte, le acaricia el oído y la boca, y mirando al cielo y dando un suspiro dice: *Effetá*.

Al momento, se le abren los oídos y se le suelta la lengua a aquel hombre para que pueda hablar sin dificultad. Presenciamos una maravillosa apertura que, comenzando con los órganos externos, involucra a toda la persona. A partir de ese momento se abre al mundo de un modo completamente nuevo.

Pero, como ha bien subrayado el Papa Benedicto, todos sabemos que el hombre no solo se aísla de los demás por un problema físico, sino antes que nada, por la cerrazón de su mente y de su corazón. Y es aquí donde siempre actúa Cristo, tanto en aquel muchacho como en todos nosotros. Por eso, decíamos, esta pequeña palabra, *effetá*, resume toda la misión del Cristo. En efecto, Él vino al mundo (se quiso hacer hombre) para que nosotros, que por el pecado estábamos sordos y mudos, fuéramos capaces de escuchar la voz de Dios y hablar con la dignidad propia de sus hijos.

2. En la liturgia bautismal hay un hermoso rito con el que el sacerdote toca el oído del recién bautizado y dice, como Cristo, *effetá*, ábrete. Pidiendo a Dios que, en su momento, ese nuevo cristiano escuche la Palabra de Dios y la sepa transmitir con su ejemplo y su voz a quienes encuentre por la vida.

Esa tarea será principalmente obra del Espíritu Santo, pues solo con su ayuda podremos entender y transmitir con fidelidad las riquezas del Evangelio. Recordemos que Cristo miró al cielo y *suspiró*, tal vez, como ha apuntado un importante teólogo contemporáneo, invocando con ese gesto al Paráclito, al Espíritu Santo Consolador.

¹ Homilía domingo XXIII de tiempo ordinario, ciclo B.

² *Marcos* 7, 31-37.

3. Pues nosotros, esta tarde, pidamos también humildemente el don de *entendimiento*. Teniendo presente, como nos enseña la Iglesia, que con él podremos alcanzar una *inteligencia más profunda de la revelación* (Dei Verbum, 5). Este don, uno de los siete con que el Espíritu Santo nos enriquece interiormente, es como una luz poderosa que se enciende en medio de las tinieblas del alma y nos permite comprender mejor aquellas verdades que propone la fe y que rebasan por completo las posibilidades de nuestra razón. En Jerusalén, durante la Última Cena, Jesús prometió a los apóstoles: *El Consolador, el Espíritu Santo, que mi Padre les enviará en mi nombre, les enseñará todo y les recordará todo cuanto yo les he dicho* (Juan 14, 27). Y, evidentemente, cumplió su promesa con magnanimidad en la mañana de Pentecostés y a lo largo de la historia.

Santa Teresa de Jesús lo ilustra con estas palabras: *Dios pone en lo más íntimo del alma lo que Él quiere darle a entender (...). Es como uno que, sin haber aprendido ni haber estudiado nada para saber letras (...) hallase que ya sabía toda la ciencia, sin saber cómo ni de dónde le ha venido, pues nunca había trabajado ni para aprender el alfabeto* (Vida, c. 27). Así ha ocurrido no pocas veces en la vida de los santos. Pienso en Catalina de Siena, de quien se dice que aprendió a leer y comprender las Escrituras sin necesidad de maestro. O, san Juan María Vianney, el famoso Cura de Ars que, cuando le preguntaban con asombro dónde había aprendido la teología con la que resolvía asuntos muy arduos, señalaba con una sonrisa al reclinatorio.

Así, un alma piadosa, con un mínimo de formación doctrinal y mucha vida interior, puede intimar, con luces venidas del Espíritu Santo, con las tres Personas de la Santísima Trinidad o con Jesús presente en la Eucaristía, o incluso resolver audazmente problemas difíciles de conciencia.

4. Hermanos míos, la promesa de Jesús se cumplirá también aquí y ahora, si nos encuentra bien dispuestos. *Señor –le podemos pedir con toda confianza- tú que abriste el oído de aquel joven sordomudo; tú que abriste el entendimiento de Cleofás y su compañero, camino de Emaús, para que entendieran las Escrituras; tú que soplaste sobre los apóstoles en el Cenáculo para que recibieran el Espíritu Santo, ábrenos también a nosotros el corazón y la mente a la acción de tu gracia salvadora. Haznos entender mejor tu Palabra, para que luego la podamos vivir y difundir por el mundo entero.*

Construir un México nuevo o, más ampliamente, un mundo nuevo; trabajar por la renovación espiritual de nuestra parroquia y de la Iglesia entera, será posible se nos dejamos iluminar por la suave Verdad del Evangelio y la vigorosa acción del Espíritu Santo. No es tarea fácil. Nunca lo ha sido, y ahora, con las cosas que están

pasando, tal vez sea más difícil que nunca. Pero recordemos que no estamos solos, contamos con la maternal intercesión de la Virgen María, Esposa de Dios Espíritu Santo.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 9 de septiembre de 2018